Revista de Estudios Taurinos
N.º 34, Sevilla, 2014, págs. 75-76

No hubo un solo día en que la luz
no dejara en su frente un trance
un hechizo una señal de que era en él
donde la claridad había elegido
abrirse al que quisiera verla.

La claridad del día
En su lúcida extensión sin un reproche.
La de la noche en su espesura sin cascajo.

No hubo un solo día
En que la luz no lo eligiera

(Francisco Segovia)

Sí, Tomás Segovia era un ser luminoso. Nació en Valencia el 21 de mayo de 1927 y falleció en México D. F. el 7 de noviembre de 2011. A los 11 años su familia lo envía a la Escuela Española de París junto con sus hermanos para librarlos de los bombardeos de Madrid por parte de las tropas fascistas; luego a Marruecos y de ahí con su familia, como exiliado, a México, donde pasó gran parte de su vida. Los últimos 30 años vivió entre México y España. Su primer poema lo escribe a los 14 años.

Para hablar de Tomás hay que decir en primer término que no era un poeta de gabinete; casi nunca escribió en la casa; salía todas las mañanas como si

«Naciera de no sé qué gozoso vientre
Del que yo fuera cumplimiento…»

Salía con la prisa, la emoción y el entusiasmo del que sale a encontrarse con la persona amada, diciéndose:

«Que de nuevo es nupcial el día entero
Y que yo soy el siempre nuevo
Siempre esperado siempre alegre
Siempre secreto novio de la vida».

En esas salidas, en esos paseos nacían los poemas, los memorizaba y se iba al café a transcribirlos. Para Tomás la poesía no valía *per se* sino por ser el instrumento que le servía para conocer la Vida, al Hombre, al ser humano. De ahí también salían sus reflexiones, sus ensayos.

Es importante a la vez saber que no sólo había que meter las manos en la musa (como decía muchas veces de broma), sino también en la masa: tocar la flauta, cocinar, hacer arcones y cabeceros de madera, arreglar instalaciones eléctricas, editar, encuadernar, tipografiar, hacer grabados, pintar, dibujar, hacer documentales, saber de lexicografía, de semántica, de gramática, ¡hasta de estructuralismo! Y ver una buena corrida de toros, aconsejado por sus amigos taurófilos como es el caso de Juan Ballester, excelente fotógrafo, que es en este caso el amigo taurófilo.

Por todo ello la mirada de Tomás no era prejuiciosa, como puede verse en el texto que sigue, que es un buen ejemplo del tipo de argumentación, de reflexión filosófica de Tomás, y que gentilmente la Fundación de Estudios Taurinos, ha querido incluir en esta prestigiosa *Revista de Estudios Taurinos*.

María Luisa Capella